

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NUM. 281

Sevilla—Viernes 5 de Diciembre de 1902

AÑO XXVI

La derrota del Gobierno

Con motivo de unas preguntas formuladas en la sesión del lunes respecto de armamentos marítimos, se presentó el martes una proposición incidental suscrita por todas las minorías, que ocasionó la derrota del ministerio en pleno salón de sesiones ante el país entero.

El ministerio, a prueba de fracasos, sigue en el banco azul y remite al resultado de las secciones las ulteriores resoluciones. Las minorías, en una hábil maniobra, envolvieron al Gobierno, pero éste, valiéndose de una estratagemata del régimen, se amparó ante el supremo recurso de «pase a las secciones» la proposición, y va tirando, hasta que un nuevo descalabro, anunciado ya en el Senado, ponga de nuevo de manifiesto la enemiga del Parlamento contra el Ministerio.

El toque sigue en que los famosos proyectos de fuerzas de mar y tierra tienen que estar aprobados en fines del actual mes, y de no obtener este Gobierno la sanción de los cuerpos legislativos, el que le sustituya habrá de inaugurar su gobierno con una medida de carácter dictatorial, ordenando por decreto lo que tiene que ser objeto de una ley votada en Cortes y sancionada por la Corona; porque los políticos allegados a los ministros actuales, y singularmente el señor Sagasta, suponen que éste, después de lo ocurrido el martes último, en caso de una crisis, negaría el concurso de sus amigos políticos para votar dichos proyectos al partido conservador.

Hablan de diferencias entre los republicanos, estos monárquicos que se profesan verdaderos odios africanos, y, sin embargo, a prueba de descalabros y de errores siguen gobernando, como si el país y el Parlamento no fueran nada para estos gobiernos que nombra y separa el rey.

Por eso el espectáculo no puede ser más triste. Un Parlamento que lleva cerca de dos años funcionando, y no ha logrado todavía que el Gobierno o los gobiernos que se han formado desde que se constituyó, sacados de entre sus mayorías, no hayan presentado un presupuesto y sigan rigiéndose por los que ideó el Sr. Villaverde, que tan apasionadamente combatieron por ruinosos para el país y para el crédito público.

La algarada callejera que elevó a Sagasta al Gobierno en Marzo de 1901 para que diera solución a los problemas clerical y monástico, anda en notas y expedientes cancelarescos con Roma, y cuando ya se anuncia por todo el mundo español la próxima subida de la gente de cogulla y mitra, capitaneada por Silvela, estamos a la misma altura que hace dos años, si es que no hemos empeorado, como nosotros creemos, siendo el estado actual de más ominosa dependencia de Roma que lo era cuando la revuelta callejera dió al traste con Azcárraga y compañeros clericales.

Pero el Gobierno sigue a prueba de disgustos—se nos dirá.—Es verdad, sigue y seguirá sin mayoría en el Parlamento y con el menor precio del país, porque los llamados a sustituirle ya de antemano saben que el país les odia profundamente, y que ni un solo momento podrán contar con su apoyo.

Podrán hacer un Parlamento suyo, que no representará la opinión del país, como acontece con el actual, y al cabo de unos meses estaremos ni más ni menos que ahora, que tales son los frutos que puede ofrecernos esta política de campanario y este régimen de componendas.

Por eso no nos sorprendería que el Gobierno se quede y siga gobernando hasta que el heredero suyo esté en aptitud de obtener la funesta herencia, salvo alguna sorpresa de índole internacional que puede cogernos tan desnudos de elementos como de energías; otra nueva vergüenza que liberales y conservadores nos harán apurar, si los elementos democráticos del país, prescindiendo de todo, no se unen estrechamente al grito de—Salvese España—hoy más justificado que cuando los generales desembarcaron en Cádiz, en 17 de Septiembre de 1868, gritando:—¡Viva España con honra!

Madrid, 3 Diciembre.

A. A.

Murmuraciones

A esta hora que Dios bendiga y Sagasta maldiga aún no se sabe quién o quiénes serán los agraciados para llevar el timón de la nave política española.

Consultado el señor Silvela por el rey, ha contestado con la mayor modestia que él es el único que puede salvar el país, y con él el presunto puesto de culto y clero y los emolumentos que se titulan Lista Civil o el gran montón de pesetas.

Llamado a declarar el señor Maura, después de persignarse y encomendarse a Dios, dijo que estaba conforme con el señor Silvela, suponiendo que dicho señor habrá de concederle la cartera de Gobernación, de la que se servirá para nombrar diputados a todos sus amigos y poder hombrarse con el señor Silvela en el día de mañana, para que este muera por do más pecado había.

D. Raimundo Villaverde está conforme con que entren los conservadores en el Poder, ofreciéndose, desde luego, a ocupar el ministerio de Hacienda.

El señor Pidal, padre de catorce hijos y devoto de todos los santos que figuran en el Calendario, también demostró su conformidad para ocupar la presidencia de las Cortes, y añadir esos cuartos más a los sueldos y subvenciones infinitas que cobra por diferentes conductos.

Total:
Consultados todos los conservadores acerca de quién ha de ser el encargado del mómio del Poder, todos han contestado:

—¡Nosotros!
Han estado a la altura de cualquier Pepitilla sevillano, a quien se le pregunta quién es el primer abogado de España, y contesta con la mayor frescura:

—¡Yo!
Y todavía no ha ganado en su vida un pleito.

Aunque la crisis no está resuelta, como si lo estuviera.

El Poder será entregado en manos ó en uñas conservadoras.

Todas las corrientes van por ahí, y, en honor a la verdad, creemos sinceramente que el país lo ve con agrado.

Tan antipáticos y odiosos se han hecho los liberales, en el país, que los conservadores nos parecen personas decentes.

Todavía faltan opiniones.
Ni Romero Robledo, ni López Domínguez, ni Canalejas, han hablado.

No obstante, aunque dichos señores saben perfectamente hacia dónde se dirigen las corrientes de Palacio, harán el papel de consejeros leales é irán a ver al rey y a fumarse con dicha majestad un cigarrillo.

La visita que hicieron días pasados el alcalde y varios concejales de Sevilla al vecino pueblo de Guadaira para enterarse de dónde saca la Empresa abastecedora de aguas el caudal de ídem con que nos ha sorprendido dándonos de beber hasta de madrugada, está sirviendo de broma en el pueblo susodicho.

Un periodiquito que allí se publica, ocupándose, con motivo de esta cuestión, en nuestros ediles, dice:

«Concejales que creen que pueden utilizarse las aguas llorizadas así como así, sin preparaciones, ni depósitos que implicarían gastos mayores que los ahorros que representan el fraude, es que desconocen los caminos del Sentido Común.»

Lo que pongo en conocimiento de los señores del municipio que fueron allá.
Y se vioieron hacia acá después de haber hecho una plancha municipal de primer orden.

Sagasta ha dicho a su yerno:
—Cierra la Agencia, Fernando, y no admitas más negocios, porque empujados nos vamos.

Fernando ha dicho a su suegro:
—Solo acepto, desde el sábado, los negocios que me traen con el pago adelantado.

Luégo dicen malas lenguas que en nuestra ciudad no se puede vivir, ó no se puede andar con la ropa desabrochada por la calle.

Por el Ayuntamiento se nos remite lo siguiente:

«De orden del Sr. Alcalde se cita a la persona que se crea con derecho a la propiedad de un reloj y cadena que se encontraron abandonados en la vía pública.»

¡Qué tal será el reloj, y qué tal será la cadena, cuando se encontraron las dos cosas aban-

donadas en la vía pública, y las llevaron al Ayuntamiento, no se quedaron con ellas, y ni siquiera las empeñaron!

Propongo al señor Alcalde:
Que en vista de que no se presentará el dueño de tan valiosas alhajas, halladas en el arroyo por un honrado—¡esto de honrado es de cajón!—funcionario municipal, aquéllas se destinen al Museo Arqueológico de la casa del pueblo, encargándosele al Sr. Gestoso las clasifique.

Por ejemplo:
«Reloj y cadena hallados en la vía pública el año 1902 de la era Cristiana, y mandados conservar por el Sr. Alcalde, que a la sazón lo era el excelso patriótico D. Manuel Héctor Abreu.—Prohibido sacar copia fotográfica.—Consérvense aquí estos valiosos objetos para dar ejemplo a las generaciones venideras del desinterés de los hombres y de las mujeres de aquella época, que fué época de venturas y bienandanzas hasta el extremo de encontrarse estas galas, y otras como éstas, en medio de las calles.»

Una señorita española que ha viajado mucho, escribe:

«Los americanos pueden envanecerse de aquellos países cruzados por ríos y bosques, en cuya comparación nuestros ríos más caudalosos no son más que arroyos, y nuestros bosques parecen de miniatura; de aquella Naturaleza donde todo es exuberante y gigantesco y que ofrece a los americanos las más hermosas perspectivas del porvenir. Pero yo prefiero nuestra vieja Europa, pequeña y recortada, cuya tierra es tierra sagrada por los mártires y los héroes que ha sustentado y que han mezclado con ella su polvo...»

¡Señorita, por Dios!
Alabo su sinceridad, pero le recomiendo tacto, tacto para escoger las palabras metafóricas.

En la última sesión celebrada en el Congreso, al dar cuenta el presidente del Consejo de ministros que el Gobierno estaba en crisis, exclamó Rodrigo Soriano:

—¡Gracias a Dios!
Y contestóle Sagasta:
—Y al rey, quien nos ha dado un puntapié por carambola de Veragua.

Dicé un telegrama de París:

«En el Consejo de ministros se ha decidido suprimir la paga de 74 obispos declarados culpables por el Consejo de Estado.»

Aquí en España sucede todo lo contrario. Cuando un obispo se subleva, se le pasa la mano por la mitra para amansarlo. Y cuando un arzobispo vende un edificio del Estado, como el que fué Seminario de Sevilla, se le dice que ha hecho muy bien.

Y a propósito:
Hay una compañía inglesa que trata de comprar la Giralda sin las campanas.

Aunque las negociaciones todavía no han comenzado, porque habrán de llevarse con mucho sigilo, desde luego aseguramos a los ingleses que, si traen dinero, cuenten con ella.

El encargado de todos esos edificios, levantados para mayor gloria de Dios y mejor provecho de los arzobispos, tiene virtud para eso y para mucho más.

Escribe *El Liberal* de Sevilla de hoy en su artículo de fondo:

«Cuando la voz sonora y amarga de la patria...»

Sonora y amarga, como si dijéramos, una copa de ron y rosa.
¡Caramba! ¡Qué amargo y sonoro sale a veces mi simpático colega!

—¿Acaso la voz no es amarga?
No señor; y suponiendo que lo fuera porque así lo probará mi amigo Chaves desenterrando textos del siglo catorce, no podría ser sonora a la vez.

Por la misma razón que lo blanco es blanco, y lo negro es negro.

—¡Y también hay Blanco y Negro!
Pero vale treinta céntimos, y no cinco, como *El Liberal*.

Por cada cien hijos que nacen en Sevilla, hay diecisiete ilegítimos, según la estadística oficial de nacimientos.

Y se observa, además, el siguiente fenómeno, según lo consigna un distinguido escritor:

«Que las poblaciones donde hay cabildos catedrales, ó las significadamente clericales, dan crecidos contingentes de expósitos.»

Y por eso precisamente costeamos nosotros la Casa Cuna.

Para que la gente del cabildo, y sus señoras respectivas, tengan donde almacenar el fruto de tu vientre. Jesús.

Al hacer dimisión del Gobierno civil de Barcelona el Sr. Manzano, escribe un colega de aquella capital:

«El de ayer fué día de regocijo para la gente maleante; día que señalarán con piedra blanca de los tahures; día de felice memoria en el tiempo venidero para los hampones de todas las miserias, para las prostituciones de toda especie, que en franquicia absoluta camparán de nuevo libérrimamente por la ciudad. El regocijo de jugadores, ladrones y prostitutas, si no salió ayer, triunfador é injuriante, a la calle; si no lanzó lo más lucido de su cohorte de pícaros y proxenetas a la vía pública, si no alzó como arco de triunfo en medio de las Ramblas una ruleta ó un prostíbulo, fué únicamente por miedo a esta honrada interinidad que nos salvará durante unos pocos días de la irrupción inminente de los enemigos de la honradez, amigos de lo ajeno y desvinculadores de la propiedad a mano airada.»

No conocemos al señor Manzano, a pesar de haberlo tenido en Sevilla de Gobernador civil... y por cierto que dejó buena memoria.

Pero... orgulloso puede estar dicho señor con esa despedida.

En Zaragoza, y en el barrio de Garrapinillas, varios hombres intentaron asaltar un convento de monjas.

Dicen ellas que intentaron asaltarlo. Pero malas lenguas aseguran que estuvieron dentro, y que las monjitas comenzaron a gritar porque se marchaban.

¡A ver las tonteras!

El Ayuntamiento de Sevilla estuvo anoche convertido en taberna.

Algunos concejales de la conservaduría comenzaron a empeñarse con el tabernero de enfrente a cuenta de... entrar en el Poder hoy ó mañana.

Hubo bacalao frito y pimientos en conserva, concluyendo la fiesta con un can-can, bailado por *Pepitilla y Cabeza-gorda*.

Nuestra más cordial enhorabuena al comedor de *Doña Fulana*.

Los pollos han entrado en el Poder, y pagarán lo atrasado.

CARRASQUILLA.

¿Camino de Alcolea?...

Se oye decir a muy conceptuados monárquicos, que la loca ambición de los partidos liberal y conservador hace volver los ojos al camino de Alcolea.

Ya sea este dicho aborto del despecho, ó consecuencia del pesimismo, es evidente que responde a un estado general de opinión.

Muchas figuras del ejército y de la marina, que piensan por cuenta propia, van comprendiendo ahora y abarcando en sus justos límites hasta dónde llegan los tristes resultados del desastre colonial y hasta qué modo cohibe y degrada la ruina de la Hacienda y la insustanciabilidad y egoísmo con que se muestran en la vida nacional los políticos de la restauración.

Tanto mina el ánimo de nuestros militares estas amarguras, que en pocos meses hemos visto a honrados y dignísimos generales rechazar comodidades anejas a jerarquías y altos mandos, cuando estos honores y comodidades eran un estorbo a la manifestación franca de sus convicciones. Último ejemplo de esto, el general Segura.

Es una nota de patriotismo grandemente simpática para el pueblo dado por sus sinceras espontaneidades a exaltar y premiar con creces a sus caudillos militares.

Más ilustrado el ejército que hace treinta años, más persuadido también de su acción armónica dentro de las corrientes de la democracia, no es de extrañar que, sin acudir a sueños de dictaduras efímeras y siempre nefastas, se preocupe hoy de las invasiones anárquicas de los políticos corrompidos y ambiciosos, cuyo despotismo civil puede contrarrestar sirviendo los intereses de la patria.

Las personalidades del Ejército y la Marina saben la confianza que el pueblo abrigaba a raíz de los horribles desastres en que esos elementos marcaseen orientación a los destinos públicos, ya que los políticos estaban confundidos, quebrantados y maldecidos por la opinión.

Después, aunque se ha pretendido tapar con un velo las miserias que en el fondo de nuestras guerras jugaron ruinoso papel, es lo cierto que

los debates, los clamores y las quejas mal contenidas de los protagonistas de aquellos sangrientos dramas, formaron este general juicio, hoy aceptado por la opinión:

La culpa de tantas vergüenzas fué de quienes procuraron mantener los intereses del régimen a costa de los intereses del país. Con halagos y augurios fatídicos de mayores peligros, se domeñó, por entonces, los pujos de independencia, de prestigiosos soldados, sacrificados así en su historia ante España y el extranjero.

El señuelo de un nuevo y venturoso reinado, donde todo sería abundancia, paz, gloria y enmienda de pasados yerros, contuvo las inquietudes y arrestos reformistas del ejército, y aun deslumbrando á buena parte de la opinión, y casi casi se fueron olvidando las amarguras.

Pero viene el nuevo reinado y todo sigue peor que estaba, y corriendo por los mismos derroteros de ignominia las huestes de Sagasta y Silvela, sin haber dado á la nación las satisfacciones prometidas, sin haber dado muestra del cambio de conducta que se esperaba.

¿Es que tal situación no es propia para que la vista se vuelva hacia el camino de Alcolea? Creemos, como muchos monárquicos, que sí.

Aunque el nuevo camino de Alcolea debe ser más claro y eficaz que la luz difusa é incolora que marcó el 68.

FRAY VERDADES.

Estos zánganos!

Será desgracia mía, pero el hecho cierto es, que jamás, al abarcar el lecho y lanzarme á la calle para dedicarme á la diaria labor, tengo la suerte de no tropezar en mi camino con algunos de esos zánganos que caminan con la vista rasquera y maliciosa, aparejado con el sayal color terzizo, desnuda cabeza, cuyo centro hace recordar enorme cebolla, orlada por escaso ribete de sucios cabellos y en cuyo interior tanta maldad se forja; enorme ensarta de gruesas bolitas de madera pende de su cintura, representativas cada una, de una mala obra; grueso cordel ciñe su cintura, como si fuera la soga con que arrastran, tras de sí, á los hombres necios y á las mujeres que no saben ser ni madres, ni esposas, ni hijas; sus manos, siempre ocultas bajo las anchas mangas, cual si quisieran sentir y demostrar su repulsión á servir de instrumento necesario para alimentar á un ser que no vive para trabajar, pero que, en cambio, vive para comer.

Casi sin darme cuenta, y á veces sustrayéndome de los impulsos de mi imaginación, empecé á elaborar juicios y más juicios, que necesariamente conducen a mi razón, arrastrándola y llevándola siempre á la misma consecuencia: ¡Inútiles! ¡Vagos! ¡Tiranos!

¡Inútiles! El miembro de la sociedad que, lejos de cumplir el fin para que viene al mundo, se olvida de ello; y tergiversando los mandatos de su conciencia, sigue opuesto sendero, no llenando su misión: inútil es.

¡Vagos! Si nuestra existencia debe consagrarse al trabajo, como primordial fin del ser humano durante su vida, sea cual fuere la clase de trabajo, con tal que redunde en beneficio de la humanidad, y estos seres ruines se asocian, se unen, se solidarizan, para imitar á los parásitos, viviendo á expensas del prójimo, vagos serán.

¡Tiranos! Los que comprendiendo el engaño se empeñan en mantener á la Humanidad siempre en las mismas tinieblas, siempre en la oscura noche, procurando con gran empeño sigan rigiendo los férreos y estrechos moldes de la ignorancia, no merecen sino el aniquilamiento y el desprecio como á tiranos que son.

REBOLLO.

ESCALA GRADUAL

Ningún habitante del pueblo tenía menos tiempo de sobra que el señor cura. Sus ocupaciones en la iglesia, á la que atendía con esmero, le ocupaban toda la semana, y muchas veces el día entero. Cuando terminaba temprano, almorzaba y salía á visitar á la familia que le tocara en turno, siempre de lo más escogido y sobresaliente, lo que quiere decir, de las más ricas del pueblo, porque bien sabía que el cultivo de estas amistades le reportaba provecho. Tan pronto como terminaba las visitas, encaminaba sus pasos á sus propiedades, compuestas de un molino harinero, otro de aceite, una huerta y unas tierrecitas de no pocas fanegas, porque tenía aprendido que el ojo del amo engorda el caballo, además que era muy aficionado á las faenas agrícolas. Algunas veces se pasaba las horas muertas charlando con las vecinas, porque á esas

tas les gustaba mucho que les soltara cuatro frescas de las que tan frescamente sabía soltar.

De noche, variaba la cosa; solamente en casos determinados abandonaba su hogar. En tiempo de invierno se le encontraba, invariablemente, sentado en su cómodo sillón de vaqueta, tenazas en mano, con las cuales atizaba frecuentemente la lumbre de aquella gran chimenea de campana que prestaba luz y calor á media docena de tertulianos que gustaban de su compañía por su conversación amena y llena de gracejo, por su buen humor, y sobre todo, por las buenas cualidades que tenía. En verano trasladaba sus reales á la puerta, donde, sin más ropa que unas zapatillas, un pantalón de dril y una ligera camisa medio desabrochada, seguía rodeado de su tertulia; pero con la variación de que en vez de tenazas tenía en la mano un gran abanico, y al mismo tiempo que se hacía aire, resoplaba con fuerza para procurarse un poco de fresco, que bien necesitaban sus muchas libras de carnes. En las estaciones transitorias se paseaba en la placeta que había desde la casa rectoral á la iglesia.

Estaba bien querido de sus feligreses, le respetaban mucho, y cuando acudían á él en sus apuros, siempre llevaban consuelos ó socorros, según fuera el caso, y los socorros con tal desprendimiento y largueza, que hacían rabiar y patear á la vieja gruñona que tenía de ama de llaves, que no cesaba de repetirle que se iba á quedar más pobre que las ánimas benditas; pero él sabía que era lo contrario, y que cada año acrecentaba su hacienda.

Por lo que toca á su ciencia, tenía la bastante para cumplir con su ministerio y para vivir entre sus convecinos, que no rayaban á gran altura de ilustración ni de virtudes. Ya lo dijo el cura á poco de llegar al pueblo y saber que murmuraban de sus sermones:

—Ya sé—exclamaba una tarde desde el púlpito—ya sé que andan diciendo por ahí que mis sermones no valen nada. Si no fueran ustedes tan brutos, se habrían hecho cargo que si fuera una eminencia no estaría ahora predicándoles, que es predicar en desierto; estaría haciéndolo á gente ilustrada y sería algo más que un triste cura de misa y olla... Aquí no han de venir los que tengan talla de obispos ni cardenales... «cada oveja con su pareja...» Yo seré un ignorante; pero ustedes son muy pegados á la cola... y estamos pagados... Lo que sí deben saber es que siempre he de procurar llevarlos por buen camino, que bastante lo necesitan, sin arrumacos ni tonterías...

Estas verdades, tan frescas y despampanantes, hicieron efecto en los feligreses y se conformaron con su cura, tanto más, cuanto se fueron persuadiendo que era como ellos necesitaban, á ja pata la llana y de buen fondo...

Serían próximamente las once de la noche y ninguna persona transitaba por el pueblo. La única puerta por que asomaba un rayo de luz, que en la completa oscuridad de la noche se marcaba como faja de fuego en el desigual empedrado, era la del señor cura, que á causa del calor sofocante del día no había querido entrar, para disfrutar el fresco de la noche. Dormitaba en el sillón, con el gran abanico caído y sin hacer caso del mucho ruido que producía un muy cercano molino, ni de los sonoros ronquidos que á porfía daban en el portal de la casa las criadas.

Unos pasos precipitados y un—¡señor cura, por Dios!—angustiosos descompusieron aquel cuadro del sueño.

—¿Qué pasa?—preguntó el cura sin darse cuenta de aquel grito; y luego viendo una figura negra, recortada en silueta de mal agüero, ante él, volvió á preguntar con sobresalto:

—¿Qué pasa?... ¿Quién eres?... ¿Qué quieres?...

—¡Ay, señor cura de mi alma!... ¡Socórrame usted!...

—Pero, ¿quién eres?...

—Juana la de Blas... ¡Ah!... ¿Y quién dices que ha vuelto?...

—Él... señor cura... ¡é!...

—¿Quién es él?... Explicáte... ¡Mi Blas!...

—Digo... ¿Pues no se murió hace ya cerca de un año?...

—Sí... señor... ¡pero es que ha venido en alma del otro mundo!...

—¡Bah!... Eso es que tú has soñado... Anda... anda, rézale y acuéstate... ¡No, no es sueño!... Le he visto con mis propios ojos... Ya se ha presentado otras veces... Siempre me pide sufragios... ¡Eso es otro cantar... Y tú... ¿qué has hecho? ¡Por qué no has venido antes?... Sí... sí... es menester decirle algunas misas... ¡Buena... las que usted quiera... Ya le ha dicho tres el padre teniente... ¡Ah!... No serán bastantes... Oye, ¿cuánto le has dado por cada misa?...

—Una peseta... ¡Ja... ja... ja!... Es claro... mujer... es claro... Ya está visto... ¿No quieres que vuelva, si una misa de peseta es una misa que no llega al cura?—decía el cura entre carcajadas, señalando á la acequia del molino...

FE DE MENTOR.

De actualidad

En Barcelona reprodujéronse graves desórdenes escolares.

A las mismas puertas de las aulas hubo colisiones entre estudiantes catalanistas y castellanos.

La mayoría de los escolares negáronse á entrar en clase pidiendo á grandes gritos la dimisión del rector y los catedráticos.

Dentro de los claustros hubo extraordinaria algazara.

Quemáronse los periódicos que publicaban los discursos de Silvela y Romero en el debate sobre los sucesos de Barcelona.

Después encaramáronse en las rejas del jardín, pronunciando fogosos discursos.

En vista del escándalo, cerróse la Universidad.

La policía disolvió los grupos escolares que se formaron en las calles.

A última hora reuniéronse los decanos y tomaron acuerdos de importancia.

Coméntanse los vivas al rey y á Barcelona que dió Manzano á la salida.

Al regreso del rey á Palacio consultó con Tejada, Villaverde y Pidal.

Los tres aconsejaron la solución conservadora.

Mañana consultará con Tetuán, Moret, Romero, Canalejas y López Domínguez.

Dícese que también llamará á Maura, y por la tarde acordará quién ha de formar gobierno. Espérase que éste jure el sábado.

En el salón de conferencias ha habido animación.

Se ha generalizado la creencia sobre entrada de los conservadores.

Azcárraga envió su consulta por escrito por tener una dieta con sarampión.

París.—La lista de los socorros para remediar los desastres de la Martinica, ascendiendo á nueve millones de francos.

Palma.—Entró de arribada forzosa el buque de guerra italiano *Palmeiro*.

Bilbao: Un incendio ha destruido los almacenes de la fábrica de aceite de coco de Deusto. Las pérdidas son considerables.

Otro incendio ha habido en el vapor *Bravo*.

El capitán, dos maquinistas, cuatro tripulantes y dos pasajeros perecieron en el naufragio del vapor italiano *San Martín*.

Londres: Un despacho de la Habana anuncia que hoy se firmará el tratado de comercio entre los Estados Unidos y Cuba.

Vega Armijo y Montero Ríos aconsejaron la formación de un gobierno Sagasta con notables del partido liberal y con el decreto de disolución de Cortes.

Vega Armijo comunicó las impresiones de los conservadores respecto á la disolución del partido liberal.

Todos los ministros dimisionarios conferenciaron con el señor Sagasta.

La *Correspondencia* afirma que se encargará la formación del Gabinete á Silvela y se formará con la izquierda del partido, dando notas liberalísimas.

Romanones ha manifestado que se debía ir á una solución, dejarse de concentraciones y suprimir las consultas de la crisis.

Un capricho

CUENTO

¡Qué casualidad tan grande! Después de veinte años de no saber el uno del otro, viniéronse á encontrar en la misma puerta del «Hotel de la Paix», las camaradas de la vida estudiantil.

Alonso, viajero infatigable, había recorrido Europa, había estado en los Estados Unidos y en la Argentina y en Africa y en el Japón y qué sé yo donde más.

Ya se ve.

Con los millones que le dejó su padre y el refuerzo de la de su tía, esos lujos y otros se podía permitir un afortunado mortal.

En cambio, Ricardo, si mal había andado

de intereses en su juventud, peor quedó á la muerte de su padre, porque tuvo que encargarse de sostener á sus hermanos pequeños.

Ya se le conocía al pobre, no sólo en su indumentaria, de sobra traída y llevada, sino en lo aventajado de su persona.

—Si no me hablas, no te conozco—le había dicho á Alfonso al saber quién era—representas diez años más de los que tienes.

—¿Tú sabes la vida que yo he gastado discurriendo sobre el árduo problema de los garbanos?

—Seguirás, sin embargo, tan ingenioso y tan alegre.

—Alegre, á ratos; ingenioso, muy de tarde en tarde. Ya te he dicho en lo que he gastado el ingenio. ¿Tú, tan feliz como siempre?

—No puedo negarte que he merecido á la fortuna sus más constantes mimos; pero la felicidad es una cosa tan relativa...

Ya ves, todas mis necesidades y hasta los caprichos puedo satisfacerlos con gran holgura, y no obstante, á lo mejor cualquier pequeñez me hace sufrir horriblemente.

—¡La falta de costumbre!

—Seguro estoy de que si conocieras algunas cosas de las que me mortifican, te parecería ridículo y hasta inverosímil que me hiciera sufrir. Yo también lo reconozco; pero el hecho es que sufro y me desespero. ¿Qué dirás que me tiene ahora de mal humor? ¡Almorzaremos juntos y te contaré mis penas!

Durante el almuerzo, Alfonso refirió á Ricardo las pequeñeces que habían hecho sufrir á un hombre que no tenía para padecer motivos grandes, y al llegar á su contrariedad del momento le dijo:

—Figúrate que después de reunir preciosas colecciones de muchísimas cosas, me ha dado ahora por los autógrafos. Los tengo ya interesantísimos de personajes extranjeros, pero, como comprendes, es un contrasentido que, siendo yo español, no pueda presentar entre ellos una colección importante de autógrafos de españoles.

La mayor parte de los de allá, me han costado el dinero, ya comprándolos directamente, ya remunerando al que se ha encargado de obtenerlo; pero aquí en el brevísimo plazo que yo me puedo detener, no hay medio de lograrlo.

Ni aquí hay venta de autógrafos ni sé de nadie que se dedique á proporcionarlos.

—Alto ahí—dijo entonces Ricardo.—Constate que lo hay.

—¿Lo hay? ¿Dónde?

—Aquí.

—¿Conoces tú á alguien que se dedique á eso?

—Le conozco y te serviré.

—Pues bien, procura verle hoy mismo y no repares en precio si me proporciona los de una lista que te daré, en esta misma semana.

Y por si el hombre necesita hacer algún gasto previo, toma...

Dióle tres billetes de cien pesetas, que Ricardo miró con asombro y se metió solemnemente en el bolsillo y Alfonso le fué dictando la lista de nombres.

Políticos, generales, escritores, artistas dramáticos, pintores, músicos, obreros... de todo había en aquella relación.

Quedaron citados para dentro de cuatro días, en la fecha fijada, entró muy de mañana Ricardo en el cuarto de Alfonso con un gran envoltorio.

—¿Qué es eso?—le dijo éste al verle.

—Los autógrafos que deseabas.

—¿Cuántos se han conseguido?

—¡Doscientos!

—¡En tres días! ¿Qué hombre es ese cuya actividad é influencia logran realizar en España tal maravilla?

—¡Vol!

—¿Tú? ¿Conoces tú á toda esa gente? Y aún conociéndola, ¿cómo has podido lograr sus autógrafos tan pronto?

—Muy sencillamente; les he escrito á todos una circular.

—Lee el borrador y lo comprenderás.

«Sr. D.

Bajo secreto de confesión he recibido de un moribundo un encargo interesante para usted, y me he trasladado en el acto á esta corte; Sirva se decirme, cuanto antes le sea posible, la hora en que podrá recibir á su seguro servidor,

q. b. s. m.,

Bias Diaz (Presbítero).

Su casa, Perro 3, 3.º»

A las veinticuatro horas tenía todas estas contestaciones, que no me han costado más que doscientos perros gordos del franqueo y doscientos perros chicos al cartero. Toma, pues, el sobrante.

Alfonso tomó la vuelta y sacando un billete de mil pesetas, escribió en él con lápiz: